

TOM HARPER

SECRETOS
DE **LOS** **MUERTOS**



bóveda

Título original: *Secrets of the Dead*
Editado en Reino Unido por Arrow Books, 2011

Primera edición: 2013

© Tom Harper, 2011
© traducción: Ester Molina, 2013
© de esta edición: Bóveda, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-43-1
Depósito legal: Se-4683-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I	11
CAPÍTULO II	25
CAPÍTULO III	33
CAPÍTULO IV	43
CAPÍTULO V	53
CAPÍTULO VI	65
CAPÍTULO VII	75
CAPÍTULO VIII	87
CAPÍTULO IX	97
CAPÍTULO X	111
CAPÍTULO XI	117
CAPÍTULO XII	131
CAPÍTULO XIII	143
CAPÍTULO XIV	153
CAPÍTULO XV	161
CAPÍTULO XVI	169
CAPÍTULO XVII	177
CAPÍTULO XVIII	189
CAPÍTULO XIX	197
CAPÍTULO XX	211
CAPÍTULO XXI	223
CAPÍTULO XXII	233

CAPÍTULO XXIII	245
CAPÍTULO XXIV	253
CAPÍTULO XXV	261
CAPÍTULO XXVI	277
CAPÍTULO XXVII	289
CAPÍTULO XXVIII	301
CAPÍTULO XXIX	307
CAPÍTULO XXX	319
CAPÍTULO XXXI	329
CAPÍTULO XXXII	341
CAPÍTULO XXXIII	355
CAPÍTULO XXXIV	365
CAPÍTULO XXXV	377
CAPÍTULO XXXVI	387
CAPÍTULO XXXVII	403
CAPÍTULO XXXVIII	413
CAPÍTULO XXXIX	431
CAPÍTULO XL	447
CAPÍTULO XLI	459
CAPÍTULO XLII	467
CAPÍTULO XLIII	481
CAPÍTULO XLIV	493
CAPÍTULO XLV	503
CAPÍTULO XLVI	517
CAPÍTULO XLVII	539
NOTA HISTÓRICA	549
AGRADECIMIENTOS	555

*Para Dusty y Nancy Rhodes
y Patrick y Mary Thomas*

IN MEMORIAM

I

Pristina, Kosovo – Época actual

PODER DESENTENDERSE DEL TRABAJO LLEGADO EL VIERNES por la tarde era un lujo al que Abby aún no se había terminado de acostumbrar.

Durante diez años, su trabajo había sido sinónimo de pasar largos días en los lugares más oscuros de la tierra, escuchando cómo personas destrozadas revivían la brutalidad a escalas inimaginables. Después, tardes frente al portátil en habitáculos hechos a partir de contenedores de transporte, helándose o derritiéndose según la estación, escurriendo toda la sangre y las lágrimas de las historias hasta dejar páginas secas con escritos que pudieran suponer pruebas presentables ante el Tribunal Internacional de La Haya. De aquello nunca se podía desentender. Había perdido la cuenta de las pesadillas, las veces que había acabado arrodillada frente al inodoro, en mitad de la noche, desesperada por purgar las cosas que había presenciado. Entre las pérdidas que había sufrido a lo largo de los años estaban varias relaciones prometedoras, un matrimonio y, finalmente, su capacidad para preocuparse e involucrarse. Pero siempre, a la mañana siguiente, de vuelta al trabajo.

Ahora todo aquello era historia. La habían reubicado en la misión de la Unión Europea en Kosovo, la EULEX, que tenía el fin de enseñar a los kosovares a ser ciudadanos europeos modélicos. Se habían cometido crímenes de guerra en Kosovo, eso era verdad, pero ya no era su problema. Ella trabajaba para el tribunal civil tratando de desentrañar la difícil cuestión de qué era de quién tras la guerra; «la Oficina de la Propiedad Perdida», como lo llamaba Michael. A ella no le importaba que se burlara no le quitaba el sueño por la noche.

Cerró las carpetas y las guardó bajo llave. Despejó el escritorio para cuando fueran los de la limpieza el fin de semana. Cerrar, desconectar y olvidarse. Justo antes de apagar el ordenador, vio que tenía un e-mail nuevo del director; lo ignoró: otro lujo. Se ocuparía de aquello el lunes. Eran las dos de la tarde del viernes y su semana había acabado.

El coche de Michael la esperaba fuera de la oficina en un Porsche rojo convertible del 68, probablemente el único de los Balcanes. Iba sin la capota puesta, a pesar de los nubarrones que se congregaban sobre la ciudad. Michael aceleró el motor al salir ella por la puerta, provocando un gran estruendo que le habría hecho sentir vergüenza si no hubiera estado tan contenta. Típico de Michael. Se metió en el asiento del acompañante y lo besó, y sintió cómo le raspaba en la mejilla la barba de pocos días. Varias personas que salían de la oficina se pararon a mirar y se preguntó si sería por el coche o por ella misma. Michael tenía diez años más que ella y los aparentaba, aunque la edad le sentaba bien. Tenía arrugas en la cara, pero lo que hacían era realzar las virtudes de Michael: la sonrisa dispuesta, el brillo despreocupado de los ojos, la seguridad y la fuerza. Cuando empezaron a salirle canas no se cortó el pelo, sino que se puso un pendiente de oro para no parecer tan respetable, decía. Abby lo hacía rabiarse diciéndole que parecía un pirata.

Él le levantó la barbilla con la mano para poder verle el cuello.

—Llevas puesto el collar.

Parecía estar complacido. Se lo había dado hacía una semana, un intrincado laberinto dorado con cinco incrustaciones de cristal rojo. En el centro había un monograma con los signos de los primeros cristianos, X-P, aunque nunca habría dicho que Michael fuera religioso. El collar parecía antiguo. El oro estaba oscurecido y brillaba como la miel, el cristal rojo estaba empañado por el paso del tiempo. Cuando le había preguntado a Michael de dónde lo había sacado, él simplemente le había dedicado una sonrisa pícara y le había dicho que se lo había dado una gitana.

Por el rabillo del ojo, Abby vio que su bolso de viaje negro estaba en el asiento de atrás del Porsche, junto a un maletín de él.

—¿Vamos a algún sitio?

—A la bahía de Kotor, en Montenegro.

Ella puso mala cara.

—Eso está a seis horas.

—No, si yo puedo evitarlo.

Sacó el coche del aparcamiento y pasó por delante del guardia de seguridad, que llevaba puestos su *blazer* azul y su gorra de béisbol. El hombre se quedó mirando el coche sorprendido y los saludó. Entre las filas monótonas de los sedanes tipo Unión Europea, el Porsche resaltaba como si fuera una especie en peligro de extinción.

Mientras conducía con una sola mano, Michael se agachó y sacó una petaca de debajo del freno de mano. Le acarició el muslo por la zona en la que se le había levantado el vestido de tirantes. Dio un sorbo y le pasó la petaca.

—Prometo que merecerá la pena.

Y quizás tenía razón. Así eran las cosas con Michael: por muy disparatada que fuera la idea, al final había que acabar dándole la razón. En cuanto hubieron escapado del atasco de Pristina, dando bandazos para un lado y para el otro por entre el tráfico, de una manera que ni los locales —que podían perfectamente ser los peores conductores de Europa— se hubieran atrevido a hacerlo, pisó el acelerador y dio rienda suelta al coche. Abby se acurrucó en el asiento y contempló los kilómetros pasar. Con la capota quitada fueron cortando el viento y dejando atrás la tormenta que amenazaba, pero que nunca les llegaba a alcanzar. Atravesaron la explanada de Kosovo y subieron las estribaciones hacia las montañas que oprimían el sol poniente contra el cielo, hasta que este acabó teñido de rojo. En la frontera con Montenegro, unas cuantas palabras de Michael hicieron que pasaran rápidamente por los agentes de aduanas.

Se habían adentrado en las montañas. El aire frío se arremolinaba a su alrededor; sobre ellos, ni el mes de agosto había hecho desaparecer la nieve de las cumbres. Michael mantenía la capota quitada, pero encendió la calefacción al máximo. Abby encontró una manta en el espacio para las piernas y se la echó por encima.

Y, de repente, allí estaba. La carretera giró en un desfiladero rocoso y emergió sobre la bahía, que permanecía inmersa en las sombras que proyectaban las montañas entre las que se situaba. En ella, Abby no veía más que las luces de los yates de recreo y de las lanchas a motor, todos ellos apiñados como algas luminosas en las calas y playas que la bordeaban.

Michael aminoró y giró a la izquierda. A Abby se le cortó la respiración: parecía que se fueran a salir por el borde del acantilado. Pero había un camino sin pavimentar que termina-

ba en una puerta de hierro construida en un muro de estuco. Michael rebuscó en la guantera y sacó un mando a distancia. La puerta se abrió deslizándose.

Abby levantó las cejas.

—¿Sueles venir por aquí a menudo?

—Es la primera vez.

A través de la puerta abierta, Abby vio el tejado plano de una casa de un blanco espectral en medio de la creciente oscuridad. Estaba situada sobre un promontorio en mitad de la pendiente, casi el único lugar en el que se podía situar una casa en aquel lado de la bahía. Al otro lado del agua, Abby vio el destello luminoso de una ciudad y sus suburbios más alejados suspendidos en la otra colina. En la parte en la que estaban ellos no había nada más.

Michael detuvo el coche en una zona de gravilla en el exterior de la casa. Sacó del bolsillo una llave que pareció resultarle poco familiar y abrió la pesada puerta de roble.

—Después de ti.

Nada del simple exterior de la villa la había preparado para lo que encontraría dentro. Al trabajar en Pristina, con el salario de la Unión Europea de una expatriada, Abby estaba acostumbrada a vivir cómodamente; sin embargo, aquel era un lujo de un nivel pero que muy distinto. El suelo era de mármol, con losas verdes y rosas que creaban complicadas formas geométricas. Todo parecía estar construido para una raza de gigantes; sillas y sofás lo suficientemente grandes como para hundirse dentro, una mesa de comedor de caoba que podía albergar a veinte personas y la televisión más grande que había visto nunca colgada de la pared. Enfrente de la pantalla, y casi igual de grandes, tres santos ortodoxos miraban desde un icono de oro de tres paneles.

—¿Cuánto te ha costado esto?

—Ni un céntimo. Es de un juez italiano, un amigo. Me lo ha prestado para el fin de semana.

—¿Esperamos a alguien más?

Michael sonrió abiertamente.

—Es todo para nosotros solos.

Ella señaló al maletín que llevaba Michael.

—Espero que no tuvieras pensado hacer nada de trabajo.

—Espera a ver la piscina.

Abrió la puerta de cristal. Abby la cruzó y se le cortó la respiración. En la parte trasera de la villa, la terraza exterior se extendía hasta el borde del acantilado. Una columnata de estilo clásico bordeaba tres de los laterales: columnas estriadas y capiteles corintios que no terminaban de encajar con el resto de la arquitectura moderna. El cuarto lateral era el acantilado, con la bahía a lo lejos. En la penumbra, la piscina parecía fluir hasta el mar. No tenía barandilla.

Abby oyó un ligero clic detrás de ella cuando Michael tocó un interruptor. Las luces instaladas en la piscina hicieron que esta resplandeciera. Cuando Abby miró dentro, vio un fondo marino de ninfas y delfines, sirenas y estrellas de mar, un dios con cabellos de algas en un carro llevado por cuatro caballos de mar, y todo ello resaltando sobre un mosaico veteado blanco y negro. Delgados haces de luz lo recorrían resplandecientes y parecía que las figuras monocromas bailaran bajo el agua.

Se habían encendido más luces bajo la columnata. Cada hueco albergaba una estatua de mármol sobre un pedestal también de mármol: Hércules envuelto en una piel de león apoyado en su garrote, una Afrodita con el busto al descubierto agarrando una cuerda que se le había resbalado hasta las caderas, Medea con una maraña de serpientes saliéndole del pelo. Parecían sólidas, pero cuando Abby tocó una de ellas, se

tambaleó sobre la base como si un soplo de viento la pudiera derribar. Retrocedió.

—Cuidado —dijo Michael—, no se hacen más de esas.

Abby se rio.

—No pueden ser originales.

—Todas lo son, según me han dicho.

Como en las nubes, Abby fue caminando entre las figuras mudas. Llegó hasta el final de la terraza y miró hacia abajo. El acantilado descendía tan en picado que ni siquiera desde allí podía ver la base, únicamente el brillo plateado de la espuma del agua que corría entre las rocas. Sintió escalofríos. El ligero vestido de tirantes no había sido la elección más apropiada para finales de agosto.

Oyó un golpe tras ella y algo le pasó volando junto a la cara, casi tocándole la mejilla. Por un instante se sintió de vuelta en Freetown, Mogadiscio o Kinshasa. Emitió un débil grito y se giró repentinamente, con lo que estuvo a punto de perder el equilibrio frente al desprotegido borde del acantilado. Se agarró a la columna más cercana, aferrándose a ella como a la vida misma.

—¿Estás bien?

Michael estaba de pie junto a la piscina con dos copas de champán en una mano y una botella descorchada de Pol Roger en la otra.

—No pretendía asustarte. Pensaba que podíamos celebrarlo.

«¿Celebrar qué?». Abby se dejó caer contra la columna y se agarró a ella, con el corazón todavía latándole a mil por hora. La brisa de la noche le elevó el colgante de oro hasta la garganta y le sobrevino un pensamiento disparatado. ¿Se le iba a declarar?

Michael sirvió el champán y le puso un vaso en la mano, aún temblorosa. Se desbordó y se le derramó por los dedos. Él

la rodeó con los brazos y se la acercó. Abby dio un sorbo; Michael miraba al mar como si estuviera buscando algo. El último rayo de sol dibujó una línea en el horizonte y desapareció después.

—Estoy hambriento.

Michael fue al coche a por una nevera y en poco tiempo la casa olía a ajo frito, gambas e hierbas aromáticas. Abby bebía y lo observaba cocinar. El champán no duró mucho. De la nevera salió una botella de Sancerre, que también se acabó rápido. Abby encontró un interruptor que encendía la calefacción de la terraza y comieron fuera, junto a la piscina. Abby metió las piernas desnudas en el agua a la luz de la columnata y de las estrellas que salpicaban el cielo.

La comida y la bebida empezaban a desinhibirla. Cuando refrescó la noche, Michael encendió el fuego en el salón y se sentaron en el sofá a ver las estrellas sobre la bahía. Abby se enroscó en su regazo como un gatito y con los ojos medio cerrados, mientras él le acariciaba el pelo. «Tienes treinta y dos años», le reprendió una voz débil interior, «no diecisiete». No le importaba; le gustaba. Con Michael no tenía responsabilidades. Él hacía que la vida pareciera fácil.

Mucho más tarde, después de que la segunda botella de vino se acabara, la ciudad al otro lado de la bahía se apagara y el fuego se redujera a rescoldos, Abby se levantó del sofá. Se tambaleó y Michael corrió a sostenerla, sorprendentemente estable para lo mucho que había bebido.

Ella lo rodeó con los brazos y lo besó en el cuello.

—¿Nos vamos a la cama?

Estaba bebida, lo sabía, y le gustaba. Quería a Michael. Empezó a desabrocharle la camisa torpemente, pero él se liberó de su abrazo y la giró.

—Eres insaciable —le reprendió.

La llevó a la habitación y le quitó el collar. Después la dejó en la cama. Abby intentó tirar de él hacia ella, pero él retrocedió.

—¿Adónde vas?

—No estoy cansado.

—Yo tampoco estoy cansada —protestó.

Pero era mentira. En cuanto le dio un beso de buenas noches y cerró la puerta, se quedó dormida.

El frío la despertó. Estaba tumbada encima de las sábanas, con el vestido de tirantes aún puesto, y sentía el frío del aire acondicionado recorrerle la piel. Se dio la vuelta buscando el calor de Michael, pero no lo encontró allí. Tanteó la cama hasta que tocó la mesita de noche.

La cama estaba vacía.

Se quedó allí tumbada unos instantes intentando orientarse en la habitación desconocida. Buscó la luz, pero no veía nada. Lo único que oía era el leve zumbido del aire acondicionado y el tictac del reloj de la mesita. Las agujas luminosas marcaban las 3:45

Y entonces oyó algo más, un murmullo de voces. Puso atención para intentar identificar los sonidos de una casa extraña. ¿Eran dos voces, una especie de conversación? ¿O quizás solo eran las olas rompiendo en las rocas?

«Es la televisión». Michael debe haberse quedado dormido viéndola. Ahora que se le habían acostumbrado los ojos a la oscuridad, vio una luz azul tenue filtrándose desde la entrada.

Aún aletargada por el sueño y el alcohol, se preguntó qué hacer. Una parte de ella le decía que debía dejarlo allí, que se levantara firme y sola. Pero la cama estaba fría.

Se levantó. Descalza, recorrió la entrada hasta el salón. La inmensa televisión estaba encendida en la pared, inundan-

do la estancia con su resplandor azul diódo; media docena de cigarros apagados ocupaban un cenicero de plata. El sofá de piel conservaba la forma del cuerpo de Michael donde debía de haber estado echado.

Pero no estaba allí. Y la televisión tenía el volumen apagado.

Entonces, ¿qué había oído?

Una ráfaga de viento le trajo el olor de la noche: jazmín, higos y cloro. Afuera, en el patio, las luces estaban aún encendidas. La puerta estaba abierta. A través de ella vio a Michael junto a la piscina fumando otro cigarrillo. El maletín que habían llevado en el coche estaba en una mesa de metal junto a él con la tapa levantada. Un hombre con camisa blanca y pantalones negros estaba examinando el contenido.

Abby salió al patio aún algo inestable por el alcohol. Justo al pasar el umbral, chocó con el pie descalzo contra algo que no se veía entre las sombras. Dio un grito de sorpresa y dolor. La botella vacía de champán rodó por el suelo y salpicó al caer a la piscina.

Dos cabezas se levantaron de momento y miraron a Abby.
—¿Interrumpo algo?

—¡Vuelve adentro! —gritó Michael.

Sonó angustiado, pero ella no se dio cuenta. Dio dos pasos más hacia delante hasta el resplandor de la luz de la piscina. El hombre de la camisa blanca se llevó la mano a la espalda. Cuando la mano volvió a aparecer, relucía una pistola negra en ella.

Aquello era lo último que Abby recordaba con claridad. Todo lo que ocurrió después estaba borroso y fragmentado. Michael golpeando al hombre por la espalda, el disparo desviado, la mesa volcada, el contenido del maletín esparcido por las losas. Si vio lo que había dentro, no se le grabó en la memoria. Se asustó, resbaló con las losas resbaladizas y se cayó.

El agua la golpeó con fuerza. Agitó los brazos y las piernas, pero se hundió. Notó el sabor del cloro en la garganta y sintió arcadas. El vestido se le pegaba a la piel como una mortaja.

Llegó a la superficie y pataleó hacia el lateral. Desde el fondo de la piscina, ninfas tenuemente iluminadas la invitaban a unirse a ellas. Apoyó los brazos desnudos en el borde y se impulsó para salir.

Tumbada en el lateral de la piscina, lo veía todo desde el nivel del suelo. El maletín desparramado y la mesa volcada, los dioses de mármol que la observaban desde arriba. Al final de la terraza, dos hombres estaban enfrascados en una lucha sobre el abismo. Michael lanzó un golpe que no llegó a impactar en su oponente y este le agarró el brazo y lo lanzó hacia atrás, colocando a Michael de cara al acantilado. Se quedaron allí un instante como dos amantes observando la puesta de sol. Entonces, con un movimiento brusco, el hombre dio una patada a Michael en los pies y lo lanzó hacia delante. Michael se sacudió y se tropezó. Intentó recobrar el equilibrio y casi lo consiguió, tambaleándose al borde del precipicio como un pájaro con un ala rota. El asaltante, impaciente, comenzó a avanzar hacia su presa, pero no fue necesario. Sin un solo sonido, como si la vida ya se le hubiera ido, Michael cayó por el borde del precipicio y desapareció.

Abby gritó; no pudo evitarlo. El hombre la oyó y se giró. Todos sus movimientos eran precisos, no apresurados. Había tirado la pistola en su lucha con Michael; la recogió. Comprobó la corredera y la recámara, disparó el cartucho de la recámara y recargó.

Abby se levantó del suelo. El vestido mojado se le pegaba al cuerpo y le pesaba. Tenía que escapar, pero ¿adónde? ¿Al coche? No sabía dónde había dejado Michael las llaves. Ni si-

quiera tenía tiempo de volver a la casa. El intruso iba caminando por el borde de la piscina con la pistola levantada. Ella buscó cobijo entre la columnata con el siguiente disparo. La piedra se rompió; algo se hizo añicos.

Se agachó e intentó huir rápidamente, escabulléndose por entre las columnas y pedestales. Era como estar en la galería de tiro, excepto porque el hombre no estaba disparando. ¿Se había quedado sin balas?

Llegó al final de la columnata y se detuvo. Sobre ella se erigía un Júpiter de mármol portando un rayo iluminado. Se acercaban unos pasos cautelosos.

Tuvo la escalofriante revelación de por qué el hombre no se había molestado en disparar: estaba atrapada en una esquina sin posibilidad de ir a ningún sitio. Se agachó detrás de la estatua. Los pasos cesaron.

El silencio fue lo peor de todo.

—¿Qué quiere? —gritó ella.

No hubo respuesta. El agua le caía del vestido y se le acumulaba alrededor de los pies. ¿A qué estaba esperando?

Creía que sabía lo que era enfrentarse a la muerte. Había oído los relatos cientos de veces y los había almacenado diligentemente. Pero las personas que habían vivido para ser testigos de ello eran supervivientes. Algunos habían corrido cuando los asesinos habían llegado; otros se habían quedado tirados en los campos de exterminio y habían fingido estar muertos, en ocasiones durante horas, mientras sus familias y vecinos yacían cadáveres a su alrededor. Ellos nunca abandonaron.

Tenía una oportunidad. Se tiró sobre el pedestal, lo empujó y se dio la vuelta, dejando caer todo su peso sobre la estatua. Esta dio varios bandazos y se tambaleó hasta caerse. El dios se hizo añicos al chocar contra el suelo. El hombre de la pistola dio un salto hacia atrás y perdió el equilibrio.

Abby ya había echado a correr. Recorrió los pocos metros de terraza que le quedaban y se tiró de cabeza dentro de la casa. En el interior, la televisión gigante emitía sus imágenes rutinarias de guerra y venganza, ajena al verdadero horror que se estaba representando en sus narices.

«¿Ahora adónde?».

Pero el tirador se había recuperado demasiado rápido. La primera bala hizo añicos la ventana que tenía encima. La segunda le impactó en el hombro y Abby se dio la vuelta. Lo vio entrar por la ventana rota con el arma levantada.

«Por favor», suplicó. Quería correr, pero el cuerpo no le respondía.

—¿Por qué hace esto?

El hombre se encogió de hombros. Tenía bigote moreno y un lunar con pelos en la mejilla derecha. Su mirada era adusta y oscura.

Su último pensamiento fue el de una testigo a la que había entrevistado años atrás, una mujer hutu de pelo canoso que trituraba comida en un campamento en la selva en algún lugar entre el Congo y Ruanda. «Nunca abandonó», le había dicho Abby a la mujer con admiración, y la mujer había negado con la cabeza.

—Tuve suerte. Los otros no. Esa fue la única diferencia. El hombre levantó la pistola y disparó.